

## SITGES TEATRE INTERNACIONAL

# El grupo murciano Arena y L' Afic Teatre de Gerona se revelan como lo mejor del festival

FRANCESC BURGUET, Sitges  
ENVIADO ESPECIAL

A pocas horas de que concluya este 20 festival de Sitges, estamos en condiciones de avanzar un balance más definitivo que provisional del mismo. Por un lado, una organización aproximadamente desastrosa, hasta el punto de que el mismo direc-

tor, Toni Cots, tenía que hacer las veces de portero y acomodador para que, por ejemplo, la Prensa no tuviera problemas para acceder a los espectáculos. Por otro lado, desde un punto de vista teatral, si algo ha aportado esta nueva edición de Sitges Teatre Internacional no lo han traído precisamente las compañías ex-

tranjeras invitadas; todo lo contrario, podrían haberse quedado en su casa y no habríamos perdido nada. Lo mejor, hasta el momento, el grupo Arena, de Murcia, que dirige Esteve Graffet, y el colectivo L' Afic Teatre de Gerona, y fuera de programa, las juergas que los muchachos de La Cubana regalaron al personal.

El sábado, aprovechando el vacío habitual de la programación oficial, que no arrancaba hasta las nueve de la noche, los chicos de La Cubana, casi en secreto y por su cuenta y riesgo, animaron las calles de Sitges, huérfanas de teatro, con sus números de jocosa ironía. A media mañana, irrumpieron en el mercado municipal transformados en singulares amas de casa que compraban lechugas o jamón en plan cantante. Imagínense la situación. Una señora, por otro lado bien normal, que, cuando le llega el turno suelta un "por favor, no tienen bolsas de narajas de dos kilos", con música de canto gregoriano, o que piden bacalao por sevillanas o tomates con voz de soprano, y se harán una idea de cara de palo de la dependienta.

Luego, a media tarde, por las calles de Sitges, desabrochaban su irónica alegría sobre la miseria laboral. Convertidos en inesperados millonarios, los nuevos ricos de La Cubana agradecían la colaboración ciudadana en los años que tenían que ir por las calles pidiendo, ganándose el pan haciendo el payaso en cualquier esquina. Ahora, forrados de duros, devolvían las limosnas recibidas en su día. Por la calle, o en las tiendas, los cómicos de La Cubana, vestidos como banqueros y marquesas de películas, iban contando su fortuna económica al tiempo que regalaban monedas al inesperado espectador que, avergonzado, no sabía cómo responder ante esa inesperada generosidad.

Por la noche, con el espectáculo *Fase 1: usos domésticos*, el grupo Arena de Alcantarilla (Murcia) inauguró las primeras y sonoras carcajadas oficiales de este festival de aburrimientos europeos. Eso de *Fase 1* es un proyecto científico teatral que hace años tres payasos en paro presentaron a la Nasa con la intención de trasladarse a

otros mundos para mostrar a nuestros amigos extraterrestres cómo es el *homo sapiens*. A partir de esta barbaridad espacial, y ante la negativa de la Nasa, los tres cómicos van haciendo campaña por el mundo, y construyen una galopante antología de disparates audiovisuales, sacados de la vida cotidiana y rutinaria de la especie humana.

## Gracia contagiosa

A través de una lógica dramática de formato superrealista, los objetos más triviales del progreso humano desencadenan una espiral irrisoria, grotesca, en algunos momentos divertidamente escatológica. Aunque el final el ritmo decae un tanto, la farsa de Arena tiene una gracia contagiosa e implacable.

A medianoche, al aire libre, el grupo polaco Teatr Osmezo Dnia presentó el primero de sus espectáculos, *Informe sobre una ciudad sitiada*, que, según sus propias palabras, "es la visión apocalíptica de nuestra generación, que depositó todas sus esperanzas en el movimiento Solidaridad, y que vio decapitada su libertad con la imposición de la ley marcial el 13 de diciembre



Toni Cots.

de 1981". El espectáculo, de una rotunda simplicidad argumental, y visual, alentada por su voluntad militante, de resistencia, tiene momentos de una evidente belleza, de un emotivo lirismo de la derrota. Lo que pasa es que el esquematismo dramático de la historia, en

buena medida determinado por su declarada intención de resistencia política, reduce el espectáculo a la capacidad emotiva y catártica de sus imágenes de represión. Y claro, la distancia casi resulta insalvable, porque aquí, esto del teatro de agitación política ya no se lleva.

El domingo por la mañana, el medio centenar de actores de L' Afic Teatre de Gerona desplegaban su *Corpus* en la plaza del Ayuntamiento. Este montaje, que ya vimos en la pasada edición de la Fira de Tàrraga, es un extraordinario espectáculo de calle que, en realidad, consta de dos historias muy diferentes. Por un lado, un singular mercado que funciona con una moneda muy especial, los ojos. El espectador, o sea, el paseante, es invitado a entrar en un quirófano de campaña. Allí, a su gusto, le sacarán uno o los dos ojos, y se los cambiarán por pagarés del *Corpus*, con los cuales podrá adquirir las muñecas, plantas, pasteles, licores y no sé qué más de unos especiales tenderetes monocolors, en que todo, desde la mercancía a la dependienta, tiene el mismo color.

A eso del mediodía, en los aledaños de ese insólito mercado, podían verse decenas de personas llevando el ojo arrancado en la mano, dirigiéndose al banco de ojos para hacer el intercambio, y con el orificio ocular debidamente vendado.

La otra historia de *Corpus* tiene otro color bien distinto, el negro. Es algo así como una alegoría de los campos de concentración. En este caso, en vez de pelar patatas, las deshumanizadas víctimas arrugan hojas de periódicos con las que irán llenando bolsas de basura. Junto a la montaña de pelotas de papel, una columna de seres enlutados, de mirada vacía, esperan la orden para recoger su correspondiente bolsa con la que iniciarán su procesión.

## Un espontáneo ruso

F. B., Sitges

La anécdota de *Corpus*, el brillante espectáculo de L' Afic Teatre, la protagonizó un actor y pedagogo teatral ruso, Boris Rotenstein, afinado en Barcelona que, movido por su sentido del compromiso político, desarrugaba y planchaba las páginas de diario destrozadas por esos personajes-presidarios, como un acto de rebelión, recuperando la palabra, o sea, la libertad de expresión, negándose, como él decía, a convertirse en uno de esos hombres negros vencidos y reducidos a máquinas. Este ruso, que no entiende ni comparte la pasividad de los espectadores, que no entiende o no quiere entender de fronteras entre ficción y realidad, ya en la noche anterior, en el espectáculo de los polacos, había entrado en escena, poniéndose al lado de los oprimidos justo en el momento en que aparecían los invasores apocalípticos dispuestos a incendiar la ciudad y a ejecutar a sus vecinos.